

'If', de Rudyard Kipling

El territorio es la literatura. Los libros, las hojas perdidas, el recuerdo de algún poema, una frase suelta, el sonido del mar contra las rocas, los espejos, el agua de la lluvia cayendo detrás del cristal, memorias sueltas, recuerdos que son como el aceite sobre el mar, lentos, amansados, como un barco a la deriva.

El territorio es la memoria. Sobre la memoria camina la literatura como un ser excusable. Puedes no escribir nada, no decir nada, renunciar a juntar las palabras, y eres igualmente un escritor. La memoria hace el milagro; camina a velocidades vertiginosas, se ríe sola, llora a veces, es un torbellino que te permite ser tú y el otro, el espejo de ti mismo, el paso audaz de la infancia, la premonición de la vejez. La memoria es el territorio más transparente. Con memoria no hay soledad, ni hay exilio.

Les voy a contar un cuento.

Este era un niño de ocho años, flaco, supongo que era flaco, vestido con ropas de dril, sonriente y soñador, un melancólico que jugaba a los boliches con las primeras lluvias del invierno y al trompo en las tardes polvorientas del verano, en el paseo o dentro de la casa, en el barranco o en la calle, rodeado de otros muchachos de su edad, revoltosos y chillones como espantapájaros flacos que se nutrieran de gofio y de plátanos y de pan y mantequilla y de papas fritas y de garbanzas y carne magra los domingos al mediodía. Muchachos que se bañaban una vez a la semana en baños de zinc transportados de casa en casa para cumplir un rito que se dibujaba como la misa o el entierro o cualquier otra obligación social de aquella infancia perjudicada por la melancolía y la nada.

Este niño de ocho años buscaba en las revistas viejas, veía los periódicos atrasados, se zambullía como un nadador inexperto en la orilla repleta de palabras de la calle, de la radio o de la casa, y fue permitiendo que su memoria fuera perturbada por las imágenes de la literatura ajena y por las visiones de sus propios sueños. Asmático, enfermizo, una especie de nada ambulante que viviera persuadido de que todo lo que se acaba es lo que existe, y de que no hay más allá de la existencia otra cosa que ahogo y desierto, parecía haber nacido para ver en la literatura el territorio de la memoria, y así fue con el paso del tiempo, pero se entrenó copiando a los otros.

Debían ser las cuatro de la tarde de un día de verano cuando escribió en la puerta de su casa su primer poema ajeno. Con un bolígrafo de cristal, transparente, una especie de tirijala de metacrilato a través de la que se veía la tinta seca que fluía con una dificultad vertical, el chico, de pie ante la columna de mampostería de la puerta de la calle, escribió uno a uno, con sus separaciones rituales, los versos casi religiosos de *If*, la famosa apología de la perfección minúscula de Rudyard Kipling. Como un niño, justamente, emocionado ante la perspectiva de que algún día se le cumplieran a él los sesenta segundos que le suban al cielo, el muchacho escribió sin prisa, como si ensayara la caligrafía del pasado, una letra del siglo XIX cuidada y hermosa, la redondilla de su vida.

Al final, sobre la cal blanca de aquella pared, *If* quedó como un epitafio, o como un canto a la vida, una declaración de amor, o acaso, la demostración de que una mano viva había pasado por la pared, como un ciempiés agotado por el calor de la tarde.

Frente a la huerta de plátanos, cerca de la higuera, frente al canapé de cemento batido sobre el que pasaba las tardes silenciosas de verano solitario de su casa, el chico se puso a repasar el poema, desde el título al nombre del traductor (traducción: Miquelarena, siempre fue esencial recordar esa última línea del poema de Kipling).

No duró demasiado aquel lujo en la puerta encalada de la casa. Kipling no nació para sobrevivir demasiado, y no debe estar demasiado en la memoria, pero en aquella pared su paso fue efímero, como el recuerdo de una ola fugaz, el viento que cae en el rostro cuando acabamos de declarar el amor o la agonía y es más importante ese hecho que la propia vigencia del aire.

La multitud de letras. Esa multitud de letras en la pared, estamos locos o qué. De dónde regresaba la madre. Nunca se saben estas cosas. Ocurre con todas las anécdotas, con muchas de las novelas y con algunos sucesos involuntarios. Las cosas parecen ocurrir en el aire, desasidas, faltas de continuidad, quietas en una especie de nube cuya autonomía nosotros permitimos. De dónde regresaba la madre. Debía volver del barranco, jamás volvió de la playa, ni nunca estuvo en el Teide. La madre nunca estuvo en el Teide; con un cuchillo blanco en la mano, vendría pues de escamar el pescado, la madre nunca estuvo en el Teide y en aquel instante debía regresar de escamar el pescado.

Demasiadas letras para la puerta, bórralas, que cómo las borras, cómo quieres borrar esas letras, pues la uña, puedes borrarlas palabra por palabra, con la uña.

Pacientemente, la mano bajo el sol fue destruyendo las palabras del poema hasta que la puerta encalada volvió a ser la puerta de antes de ayer, la puerta de siempre, la vieja puerta sobre la que un solo número, el 9, denunció durante años la continuidad imperturbable de las familias, esa especie de saco sin fondo que es la historia que sucede en las casas.

Desapareció Kipling de la puerta de la casa.

Pero no fue verdad. Años más tarde, el muchacho ya había leído *El extranjero* de Camus y *La náusea* de Sartre y los poemas de amor de Neruda y había leído incluso *Rayuela* de Julio Cortázar.

Había pasado al galope por toda la literatura.

Sobre la vida de Camus había mucho sol, escribió con una letra desvaída, la letra de un asmático que ve cercano su final al principio de la noche, agotado siempre antes de empezar los versos, con un miedo insólito al sueño y a la soledad. Pasó al galope sobre Camus y se quedó en medio de aquella geografía de sol y de absurdo con el recuerdo de una mano que se protege de los espejos y de la muerte.

Obsesivamente, leyó a Cortázar como si quisiera detener el tiempo; la literatura de Cortázar nace para que no crezca el tiempo, para que no avance sobre nosotros como un jinete que surcara en silencio los caminos de nuestra memoria. Era la literatura del azar, la que tú podías controlar como quien controla las sábanas ya no hay más remedio que dormir del lado del que has caído.

Neruda era para enamorarse. Suponía que Neruda era para enamorarse, pero lo conoció una vez, en el muelle, rodeado de poetas viejos y jóvenes, hablando de las dimensiones internas de las cebollas, y se explicó por qué Neruda era la lectura para enamorarse, aquellos ojos largos de Matilde Urrutia como un barco sin rumbo en medio de un mar de mediodía.

Había pasado tanto tiempo, y el muchacho ya no tenía las ropas de dril, ni los ojos vivos y negros, los ojos avivados por el hambre, el sol, los boliches en invierno, el trompo en el verano, las manos fueron creciendo hasta llegar a ser las manos de un adulto que pasa por la cabeza de la tarde para quedarse con la escarcha que ha dejado el recuerdo de otros pelos más brillantes, el cabello infinitamente suave de nuestra infancia.

En el quicio de aquella puerta, con la memoria de las lecturas y de la historia, era fácil tener alucinaciones, volver a repetir la historia, encontrar visiones del pasado superpuestas sobre una pared sobre la que tantas veces se posó esta mano.

Pero allí estaba, era real, el tiempo no había sido capaz de imponer su propia huella, y la huella que persistía en aquella pared blanca tantas veces encalada desde entonces era la del bolígrafo torpe e infantil que dejó sobre aquel esqueleto de cal el poema completo de Rudyard Kipling.

Línea a línea, con la rugosidad que tienen las cosas cuando se consolidan como un recuerdo, el poema de Kipling seguía manifestándose como la metáfora de un tiempo, como si aquella mano de muchacho de ocho años que cree haber descubierto el pasado y el futuro en una sola palabra, *If*, siguiera allí, provocando al vacío. Los tocó, los volvió a recordar, los recitó mentalmente, riendo como quien descubre viejos guantes arrugados de una noche imposible de repetir sobre los hombros abiertos de una chica que tuviera los mismos ojos que Matilde Urrutia.

El poema allí quieto para siempre.

Tantos años después todo debía ser olvido, pero no. Veo, tantos años después, al mismo muchacho, vestido de seda, algo de seda debía llevar, acaso la corbata, o la camisa, seda habría por alguna parte, sentado con las manos húmedas sobre un sillón de espera, en la consulta de un médico. Busca en viejas revistas médicas palabras

imposibles que mitiguen la espera, mientras la madre, que sigue sin haber ido al Teide y que acaso ha vuelto a escamar pescado esta mañana junto a la huerta de los plátanos, cerca de la puerta de cal blanca sobre la que él escribió una vez un poema que borró con una uña tenaz y bien crecida, está siendo auscultada por el médico. El azar y la necesidad: en una de esas revistas, un personaje de la actualidad de entonces muestra sus preferencias literarias y asegura estar fascinado de siempre por un poema célebre de Kipling, que él titula *Si*, el famoso condicional que nos llevaría al cielo si en los 60 segundos de nuestra última oportunidad sobre la tierra fuéramos capaces de mostrarnos como hombres verdaderamente verticales.

Oh, la casualidad. Aquel viejo poema que el muchacho escribió una vez, como un obseso que quisiera imprimir su memoria, en la puerta de su casa, aparece como la preferencia de un personaje de la actualidad, un actor acaso, quizás un escritor poco avisado, porque ya a esta edad nadie se acuerda de Kipling, quién era Kipling, ah sí, Kipling, el amigo de todo el mundo, no, ese no era Kipling, Kipling escribió un libro sobre Kim de la India, a quien llamaba el amigo de todo el mundo, pero Kipling no era el amigo de todo el mundo.

Pues aquel actor, o escritor, o personaje de la actualidad de entonces, consideraba a Kipling como su ídolo, o al menos consideraba que aquel viejo poema que él había escrito con bolígrafo sobre la cal blanca era el poema de su vida, la jaculatoria de su mesa de noche.

Paseó, con su ropa de seda, algo de seda había en su ropa, acaso su camisa, o su corbata, por la estancia, la sala de estar de un médico, qué cosas va a haber en la sala de estar de un médico; pues una mesa de fórmica, sillones de cuero caluroso, revistas, justamente había revistas, y algún que otro cuadro alusivo a la actividad desarrollada allí.

Y además, y por eso tiene relevancia esta historia, había un cuadro en el que el médico había reproducido, ya lo habrán advertido, el poema *If*, de Rudyard Kipling. Sobre aquella pared de consulta de médico, escrito a máquina, cuidadosamente, el médico había depositado todos los versos del poema, aunque había omitido el nombre del traductor.

Las casualidades no se cuentan; sólo son relevantes para los que las padecen (viven), los demás acuden a ellas con la desconfianza de que obedezcan a la pasión por la mentira ante el espejo que tenemos los hombres. Pero sucedió esa casualidad así, y el muchacho, ya un hombre con los ojos perdidos sobre papeles blancos, horas en el aire y en el mar, la cara siempre vuelta hacia el mar, con la melancolía que producen la edad y la memoria avivada por el sueño y la despedida, siguió viajando.

Regresó a Beckett, y encontró en los textos del irlandés más razones para la melancolía, para considerar como el verdadero territorio libre sobre el que camina la memoria con la obsesión de alcanzar la libertad, es decir, el despojo, la nada, el desierto más absoluto, el blanco sobre lo blanco, la arena esquelética de Fuerteventura, el cielo sin nubes apresado en un viaje apasionado. Beckett jamás se fue de la isla, yo